

BOLETÍN

DE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

AÑO I

MIÉRCOLES 31 DE MAYO DE 1899

Núm. 5

DISCURSO

DEL SEÑOR D. JOSÉ M. ASENSIO Y TOLEDO, DIRECTOR DE LA ACADEMIA, EN CONTESTACIÓN AL DEL SR. BERMÚDEZ DE CAÑAS.

(Conclusión)

Desde Constantino hasta los principios del siglo IX, la idea cristiana, que salió triunfante de las persecuciones, trabajó por la propagación de su dogma en todos los ámbitos del mundo, y para reorganizar la sociedad bajo los preceptos de su austera moral, en las nuevas monarquías nacidas á su sombra, igualando los derechos, enalteciendo á la mujer, é infiltrando en las instituciones el espíritu de caridad y en las costumbres el espíritu de humildad, que son bases de su doctrina. Sojuzgada la fuerza material por la fuerza de las ideas, cimentada y extendida la creencia en la doctrina de Jesús, aceptada por todas partes, entra, á pesar de sus triunfos, en otro período de lucha, más doloroso, más terrible para la Fe que el de las mayores persecuciones: las herejías. Pero si detuvieron la marcha majestuosa de la obra civilizadora del Cristianismo, retardando su propio progreso, contribuyeron, por otra parte, á mantener vivo el ardor, estimulando los estudios, animando los espíritus con la controversia, y ayudaron á la propagación de la Fe Cristiana. Los herejes disientían de la Iglesia en puntos esenciales de doctri-

na, siempre con el intento ó el pretexto de buscar la más perfecta inteligencia de ella; y pelagianos, maniqueos, nestorianos, arrianos y tantos otros trataban de la Trinidad, de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, de la consustancialidad de las Divinas Personas, del libre albedrío y de las más abstractas cuestiones del dogma, pretendiendo la mejor inteligencia; pero con sus delirios daban lugar á que se ocupase la atención de los Santos Padres, á que se reunieran concilios, á que los más profundos teólogos escribieran brillantísimas impugnaciones y apologías. En aquellas contiendas se purificaba el espíritu cristiano, cobraba vigor y salía con nuevas fuerzas para continuar su misión civilizadora. ¿Quién podrá creer, exclama un célebre historiador contemporáneo (1), que hasta las mismas herejías sirvieron á la causa de la civilización y propagaron la idea cristiana?

Los maniqueos penetraron en la India, en el Thibet y hasta en la China... y los nestorianos fundaron en Edesa la primera universidad cristiana. Muchos de los pueblos bárbaros, al caer sobre las provincias del Imperio, fueron conquistados por la herejía de Arrio; pero esto les sirvió de preparación para entrar á su tiempo con mayor facilidad en la plenitud de la idea católica, como aconteció á los godos en España.

La marcha providencial de la humanidad nunca se comprende mejor, ni está más clara, que en el momento histórico de la predicación de Jesucristo, y en los que le siguen. Roma, fabricando cadenas para todos los pueblos, asimilándose todos los dioses de los vencidos, reuniendo á las naciones más diferentes por la igualdad de derechos de la ciudad, ignoraba el profundo concepto de la misión que venía desempeñando. En el momento en que la doctrina del Evangelio fué conocida, la unidad romana era innecesaria, había llenado su objeto, y para que el Cristianismo se hiciera religión universal, las naciones bárbaras rompieron, como por encanto, aquella unidad, crearon las nuevas nacionalidades, pero llevando ya entre sus nuevos elementos, como hemos dicho, la idea civilizadora de la unidad de Dios y de la unidad del linaje humano.

(1) César Cantú.

Solamente en un rasgo característico y trascendental puede retratarse la influencia del Catolicismo en la edad media, y la gran fuerza de aquel lazo moral que la Religión había establecido entre las naciones. Nunca faltaron entre éstos disensiones y guerras. La ambición, las emulaciones, los intereses encontrados, la rivalidad política, y hasta el deseo de engrandecimiento y conquista, mantuvieron á los pueblos en perpetuo estado de perturbación, y momentos hubo en que la historia de la humanidad pudo trazarse imaginando un extenso campo de batalla. Y en medio de aquella confusión, dominando el caos de las pasiones encontradas, sobre los odios y la ambición y la soberbia, se alzaba un poder nivelador, un juez imparcial y supremo, cuya fuerza descansaba en la idea religiosa, cuyo imperio se había ido formando en el terreno moral, y extendiéndose llegó á ostentar carácter de universalidad. Este poder fué el Pontificado. Su influencia simboliza la fuerza moral de la religión Católica. La voz de Gregorios y de Inocencios fué más respetada y poderosa que la de los Césares. La unidad católica se ostentó y se conservó más robusta que la de los imperios cimentados en la fuerza. La identidad moral y religiosa, en medio de la mayor variedad de instituciones políticas, fué la obra del Catolicismo, y constituyó el gran triunfo del Pontificado.

Al llegar á su mayor esplendor el poder espiritual, era consecuencia forzosa que sus efectos se hicieran sentir en el desarrollo del poder temporal y los recelos del Imperio comenzaron á hacer temer una nueva era de perturbaciones. La raza germánica nunca ha perdido el carácter de individualidad que la distinguía en sus orígenes, y en todas sus manifestaciones resistía la tendencia de unidad católica. En el tiempo mismo del pontificado de Gregorio VII ya Sigeberto de Gembloux se puso al lado de Enrique IV, haciéndose eco de aquella resistencia de raza, presintiendo y anticipando la lucha entre el Pontificado y los poderes políticos; lucha que vino agitándose por espacio de tres siglos, á veces sorda, con frecuencia desembozada y violenta, y que al cabo estalló con gran fuerza en la Reforma, revolución al par política y religiosa, cuyos efectos perturbaron el Catolicismo y la sociedad. La Reforma rompió la unidad católica; fué la aspiración al establecimiento de la individualidad;

pero al proclamar el libre examen llegó mucho más allá de lo que podían esperar sus adeptos, quebrantó el principio de autoridad, base de ambas sociedades, dando principio á la era de las revoluciones que todavía dividen á los hombres y á los pueblos.

¿Cabe en los límites de este trabajo el estudio de los antecedentes, desarrollo y vicisitudes de la Reforma? Bien se comprenderá que no es posible encerrar de modo alguno en pequeño cuadro los grandes problemas que entraña el movimiento, ni menos bosquejar, aunque fuera muy de pasada, figuras de la magnitud é importancia de los Gregorios, Alejandros é Inocencios; doctrinas de la transcendencia de las que expusieron audazmente Lutero y sus secuaces. Tal y tan difícil apreciación no cabe en este discurso; para completar en lo posible este trabajo, apenas si nos queda espacio para exponer las principales teorías que, nacidas á la sombra de la Reforma, modificando aunque robusteciendo las teorías materialistas, dificultan hoy el progreso y se oponen á la filosofía cristiana.

¿Qué somos? ¿Adónde vamos? ¿Cuál es nuestra naturaleza? ¿Cómo se formó el universo? ¿Qué edad cuenta nuestro planeta? ¿Cuál es la antigüedad de la especie humana? Estas cuestiones vuelven á ser objeto de estudio y meditación en la evolución filosófica que empezó con la Reforma y aún continúa en los sistemas contemporáneos. É interrogando á la naturaleza del hombre, á la conformación del mundo, al orden admirable del universo, procuran los modernos robustecer antiguas cuanto desacreditadas teorías y sacar de ellas argumentos, revestidos con grandes apariencias científicas, apoyados en observaciones y experimentos cuyos resultados se exageran tanto como se desnaturalizan, para traer muchos razonamientos que oponer á la Fe católica y á la filosofía de Jesús.

Procede el hombre de animales de rango inferior que se han ido perfeccionando sucesivamente. Nada hay en él que no encuentre explicación clarísima en su constitución física; el transformismo, hablando de geología orgánica, de evolución sucesiva, pretende, con el apoyo de las vigorosas inteligencias de Lamarck, de Büchner y de Darwin, demostrar que el hombre es un animal perfeccionado por continuas metamorfosis orgáni-

cas. Büchner (1) llega á admitir y afirmar no solamente el origen animal del hombre, sino hasta su procedencia simiana; pero como á su clara inteligencia no podía ocultarse que faltan muchos eslabones en la cadena, que entre el hombre más embrutecido y el más listo y educado de los monos media un abismo inmensurable, acude á la hipótesis de que deberemos suponer un progenitor antediluviano, que ha perecido del todo, que no conocemos, y que ocuparía los términos medios entre el tipo humano y el orangután.

Esta hipótesis del célebre autor de *El Hombre según la Ciencia*, y de *Fuerza y Materia*, es la más clara demostración de la falsedad del sistema, si no bastaran á demostrarla con entera evidencia otras muchas razones que la Religión, la Psicología y todas las ciencias oponen á tan descabellada teoría, resucitada únicamente en odio á la verdad cristiana. Pero ni aun este error es nuevo; no es imaginado por los que hoy se denominan grandes filósofos. Sus principales fundamentos se descubren en la antiquísima creencia de la metempsicosis, en que las almas iban mejorando de morada animal; y con mayor seguridad en la doctrina de Empédocles, que nos ha conservado Plutarco en algunos fragmentos, que, á pesar de ser harto significativos, no podemos juzgar en su conjunto, por no haberse conservado las obras del filósofo. Otro antecesor tuvieron también los transformistas en Benito de Maillet; y, por cierto, no desdeñan su enseñanza, ni deja de conocerse la influencia de sus opiniones en las científicas elaboraciones de Darwin (2). Creyó aquel filósofo que los peces eran los verdaderos antecesores del pájaro, y explicaba la transformación de una manera bastante parecida á la que el moderno filósofo inglés emplea para decirnos que el hombre procede de un cuadrumano, que á su vez, aunque nos es desconocido, debió proceder de un marsupial degenerado de otro anfibio. Y aquí encontramos ya el lazo que une á entrambos pensadores.

No podemos ir más lejos en este terreno; para nosotros, los sabios que, extraviados por el afán de negar la existencia del

(1) *L'Homme selon l'Science*, par Mr. Louis Büchner.

(2) *Descendance de l'Homme*.

espíritu, del soplo divino, llegan á creer en la evolución, la selección y el transformismo, aplicando las fuerzas de su entendimiento á la demostración de tales sistemas, solamente son comparables en su error á aquellos otros delirantes que suprimieron la Divinidad para dar culto á la diosa Razón, ó á los que, negándose á creer en Dios, escuchan sobrecogidos la respuesta que el espíritu evocado en una mesa ofrece á sus dudas y cavilaciones. Tan sólo por medio de la filosofía cristiana se explica sencillamente y sin contradicciones el admirable conjunto del hombre, percibiéndose en dos ideas tan claras como son la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma; el uno, *ex limo terre*; la otra, de esencia superior, inmutable, divina.

Desde la tierra donde fuimos formados, desde las opiniones de los que piensan reducirnos á individualidades que, por grados sucesivos y evoluciones orgánicas, hemos subido un tanto en la escala zoológica, tenemos que remontarnos al espacio, ya que nuestro espíritu nos lo permite, y hemos de procurar conocer la naturaleza de los astros, y llamar á juicio, para que demuestren la verdad de la doctrina cristiana, á esas brillantes y esplendorosas estrellas que pueblan en una hermosa noche el firmamento sin límites que se extiende sobre nuestras cabezas, deslumbra nuestra vista y abisma nuestra inteligencia.

La Astronomía nos ofrece hoy como verdad indiscutible la magnitud de todos esos luminares que giran en sus órbitas eternas á muchos millones de leguas de nosotros, que son mucho más brillantes que el sol que nos envía luz, vida y calor, y patentizan la omnipotencia del Creador. Pero Dios no creó nada inútil; en la obra de la Creación todo es perfecto, y rigurosamente lógico como necesario; no es posible á la soberbia del hombre imaginar siquiera que los astros y los cuerpos opacos que en sus movimientos los acompañan fueron puestos por Dios en el espacio para recrear la vista, cuando vemos en este reducido planeta que habitamos que nada de lo creado deja de tener un objeto, algún fin especial. La pluralidad de mundos habitados es idea tan antigua, que según su más reciente expositor, Camilo Flammarion, se encuentran vestigios y nociones de ella en los antiguos libros de los Vedas, en los ritos egipcios y en las memorias de los Caldeos.

Las escuelas griegas, señaladamente la jónica y la de Elea, admitieron y enseñaron como hipotética esta creencia, que los pitagóricos debieron admitir sin limitaciones; porque, en verdad, estudiando el orden admirable del universo, conociendo las leyes de atracción y de gravedad que mantienen dentro de sus órbitas á todos los cuerpos creados, y al notar que por iguales causas debemos obtener los mismos efectos, la facultad y la costumbre de generalizar nos llevan por una pendiente segura á suponer la habitabilidad de esos otros cuerpos semejantes á la tierra, que giran con curso regular y periódico alrededor de focos luminosos más activos que nuestro sol y que de ellos deben recibir ciertamente en períodos fijos sombras y luz, con mucha probabilidad el calor y con él el principio de la vida. Pero esta científica hipótesis es predicado de muchas y graves cuestiones, profundas, trascendentales y que no pueden tener solución en el estado actual de los medios de observación, ni sabemos si podrán tenerla nunca.

¿Son habitables esos mundos que vemos? ¿Á qué especie podrán pertenecer los seres que los pueblen, en el caso de estar poblados? ¿Tendrán alguna analogía con el hombre, ó con los animales de diferentes géneros que viven en nuestro globo? Si no tienen, ¿cuáles podrán ser sus condiciones, cuál su vida, cuáles sus medios de acción, su forma, su inteligencia y el desarrollo de su actividad? Basta indicarlas para comprender que es imposible dar respuesta á éstas y á otras muchas preguntas de igual índole. En esta cuestión cabe una buena parte de gloria á nuestra patria. Un célebre filósofo español, Raimundo Sabunde, en su obra de *Teología Natural*, expuso la teoría de otros mundos habitados, de la existencia de otras criaturas en los planetas que pueblan el espacio; y el no menos célebre cardenal de Cusa, á cuya sabiduría rinde el debido tributo de alabanza el mismo Flammarion, la apoyó en argumentos de razón, y en razones teológicas que no desdeñan las ideas modernas.

Á nuestro propósito sólo importa dejar consignadas dos conclusiones. Que el estudio de la ciencia astronómica bajo estos aspectos en nada contradice, ni puede ser argumento en contra de la Fe cristiana, que reconoce, proclama y se funda en el conocimiento de un Dios único; creador, omnipotente, cuyas

obras no podemos comprender ni juzgar, y cuya grandeza cantarían con mayor elocuencia todas esas maravillas que se descubren en la creación. Que la Iglesia Católica nunca se ha opuesto al estudio y discusión de esas hipótesis, que nada encuentra en ellas contrario á los dogmas de la Religión, y si alguno de sus sostenedores ha sufrido castigo, como Jordano Bruno, otras fueron las causas de su condenación, y no la de haber sostenido la pluralidad de mundos.

Ann más lejos llevamos nuestra conclusión. Encontramos más lógica, de más fácil demostración y más admisible la teoría de la pluralidad de mundos habitados dentro de la filosofía cristiana, que en la filosofía materialista. La creación, hecha por la voluntad de un Sér infinito, omnipotente, omnisciente, ha de ser lógica, razonable en todo, ordenada y metódica en todas sus partes, como producto de una inteligencia superior para la que no existen límites ni obstáculos. Nuestra razón, débil destello, pálido reflejo de la Inteligencia creadora, puede reconocer el orden y aplicarlo á todas las manifestaciones de lo creado... Pero si la materia flotando en moléculas, en átomos revueltos é informes, comenzó á moverse por fuerzas inconscientes, si produjo calor por la casualidad y la frotación, y se reunió en grupos inorgánicos, que, sin orden ni concierto movidos, dieron por resultado la formación del mundo, ¿quién será osado á suponer, á investigar siquiera, las razones á que obedeció el ciego acaso? Lo que fuera obra de la casualidad no podría juzgarse por reglas fijas como lo que nace de una inteligencia suprema; no puede exigirse rigor lógico ni juzgarse por analogías meditadas el producto del choque casual de la incoherencia y del caos.

La filosofía cristiana puede discutir é investigar la existencia de otros mundos iguales ó semejantes al que habitamos, hijos como éste de la Omnipotencia divina. La Iglesia no la admite ni la rechaza, reservándose juzgar á tiempo el resultado final de tan graves estudios. La ciencia, en últimas consecuencias, vendrá á ser confirmación de la verdad del Cristianismo (1).

(1) D. Niceto A. Perujo, *La Pluralidad de mundos habitados, ante la Fé Católica*.—Madrid.—Gaspar.—1877.

En esfera mucho más amplia, formando completo sistema filosófico, el positivismo, nueva y última forma de la idea materialista, sometiendo cuanto puede saber la humanidad al resultado de la observación, al producto de la experiencia, trae nuevos argumentos para dejar establecido como verdad inconcusa el antiguo axioma de que nada hay en la inteligencia del hombre que no haya penetrado por los sentidos. No niega este sistema la existencia de Dios; pero le niega los atributos. Para Herbert Spencer, el más profundo y el más elocuente, al mismo tiempo, de los filósofos positivistas, Dios es lo absoluto, lo infinito, lo incognoscible: no podemos saber su esencia, ni penetrar en su Sér, ni saber nada, absolutamente nada, de los medios de que dispone, de su manera de obrar en la materia. Es incognoscible, y, por lo tanto, al Dios de los positivistas, llamémoslo causa esencial, primer principio, creador ó hacedor Supremo, deberemos dejarle á un lado, porque nada tiene que ver con nosotros, ni influye para nada en los destinos de la humanidad.

¿Ni qué puede tener de común con Dios, que no lo 'ha creado, este producto de la materia inorgánica que llamamos hombre? Tampoco niega el positivismo la existencia del espíritu; no deja de estudiar la sucesión y desarrollo de los fenómenos psicológicos, pero su espíritu y su psicología son puramente hijos de la materia. El sér humano piensa y discurre y razona, deduce, generaliza y adivina por una consecuencia lógica indeclinable de su conformación orgánica, de la colocación de sus sentidos, de la formación de su cerebro. Este órgano produce ideas como producen saliva las glándulas de la garganta, como da bilis el hígado, por una función física, puramente animal. Al completarse el organismo del hombre, el cerebro entra en funciones; lo que perciben los sentidos despierta y pone en movimiento todas las ruedas, y van naciendo el entendimiento, la memoria y la imaginación, como dan las horas en un reloj cuyo mecanismo se ha puesto en juego. Para nada se necesita en el positivismo del espíritu, como superior y de naturaleza distinta de la materia; basta con que la materia se organice en una forma para que produzca los efectos de la racionalidad. Y al estudio de esto, que nosotros no sabríamos cómo llamar, se le llama

Psicología por Spencer y sus discípulos, cuando más bien debería llamársele Zoología ú otra rama cualquiera de las ciencias naturales; pues, á no dudar, de la misma manera puede estudiar el positivista las funciones del cerebro humano que las de formación de una fruta por la extensión de la savia de un vegetal.

No creemos pueda dudarse la razón con que nuestro docto compatriota D. Antonio M. Fabié asienta, en su notable *Examen del Materialismo* moderno, «que desde el punto en que se afirma que el fenómeno psíquico fundamental es un simple movimiento, confiésese ó niéguese, se profesa un materialismo radical.» En sus últimas consecuencias este sistema nos lleva á las categorías de evolución orgánica en que se basan las teorías de Lamarck y de Darwin, y se refutan con los mismos argumentos, pues en su concepto final son tan defectuosas como todas las que estudian al hombre bajo uno solo de sus aspectos, negando ó despreciando el otro.

Estos sistemas, y las consecuencias que de ellos se desprenden, son los argumentos que la ciencia moderna en su evolución contemporánea opone á la Fe de Jesucristo. Ora estudiando la antigüedad del mundo, ora la unidad de la especie humana; buscando los antepasados ó sean abuelos de Adán, investigando la naturaleza de los astros, y por cuantos medios sugiere el ingenio, procuran los modernos filósofos sentar otras teorías frente á las teorías cristianas. Son, con distintas formas y valiéndose de diferentes medios, las antiguas herejías oponiéndose á las verdades eternas. No es esto desconocer la inmensa importancia de la evolución científica que se desarrolla en nuestro tiempo; no es disminuir siquiera la importancia de la filosofía positivista, ni negar los grandes, los innegables progresos y adelantos que la observación y el estudio de la naturaleza han traído á todos los ramos del saber. Es que en distinta esfera, vemos en la mayor parte de las afirmaciones de las escuelas modernas los frutos de las semillas que lanzó al aire del libre examen la Reforma; las consideramos tan hijas de aquella revolución, tan ligadas con su espíritu, formando con ella tal conjunto, que bien podríamos consignarlas plásticamente en un lienzo semejante al de Kaulback, aunque más exacto y verdadero, en que Kant, Schelling, Hegel, Bain, Darwin, Herbert Spencer, Dra-

per, Flammarión, y cuantos filósofos y naturalistas han seguido sus huellas, se representaran sosteniendo las estatuas de Lutero y Calvino, siendo fecundadas sus obras por la savia que brotara de los labios de los atrevidos reformadores. La lucha hace tres siglos comenzada llega á tocar sus últimos resultados. En las conciencias, la duda; en los Estados, la guerra que produce la relajación del principio de autoridad; ante la Iglesia Católica, la herejía; ante los poderes políticos, la insubordinación y la anarquía; ante la familia, la propiedad y la moral, el socialismo más absurdo, la más desenfrenada ambición y codicia de goces materiales. ¿Cuál será el término de este laborioso período que hace cerca de un siglo atraviesa la humanidad? ¿De dónde vendrán la luz, el orden, la tranquilidad y la paz, tanto en la sociedad como en las conciencias? Para los que de la Fe cristiana estamos animados no cabe ni aun ásono de duda; el nuevo Académico nos lo ha dicho: el árbol de la Religión no envejece y la filosofía cristiana sacará de este caos, de la conflagración presente, toda la grandeza de la verdad, y obtendrá los honores del triunfo en la fraternidad del género humano, que es el ideal. Para los que no abriguen en sus pechos el ardor de la Fe y pregunten en su escepticismo: «¿Cómo se realizará este ideal?», les responderemos con el autor de los *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*, que no será para ellos autoridad recusable ni sospechosa: «El conflicto actual es un inmenso problema, cuya resolución es el secreto de Dios.»

HE DICHO.
